

Quien conoce a los demás posee inteligencia.  
Quien se conoce a si mismo posee clarividencia.  
Quien vence a los demás tiene fuerza.  
Quién se vence a si mismo es fuerte.  
**Libro del Tao**

## EN PRIMERA PERSONA<sup>1</sup>

El Universo se encuentra inmerso en una tendencia energética expansiva, entrópicamente creciente, "desordenada", Yin. Esta tendencia se verá tanto más favorecida cuanto menores retenciones y bloqueos energéticos se produzcan en las estructuras materiales orgánicas e inorgánicas que lo pueblan, cuanto mayor sea la energía liberada de ellas. Este principio es extensivo, tanto a la "energía libre" del medio, que incide sobre dichas estructuras, como a la propia energía contenida en ellas y responsable de su materialidad.

Dicho con otras palabras, la materia, energía estructurada y confinada en un espacio-tiempo determinado, evolucionará de acuerdo con las leyes universales que rigen este momento cósmico, siempre y cuando no obstaculice ni retenga la energía electromagnética que pasa a su través (el libre fluir del Ki) y, estimulada vibracionalmente por este soplo vital, minimice el contenido de sus energías quedándose con las de mejor calidad, con las de vibración más sutil. Es como un despegar de la materia a través de la acción espontánea, único procedimiento para mejorar y aligerar la calidad de su estructura, ya que la acción puede reducir el monto energético e incrementar proporcionalmente la entropía del medio. En el caso del hombre, equivale a romper con los continentes e imperativos rígidos de la razón y la norma, para dejar de constreñir e inmovilizar su burbuja existencial, para darle flexibilidad de movimiento y expansión, para lanzarla hacia el mundo del conocimiento entrópico a través de la intuición, de la percepción no necesariamente procesada por la mente.

Siento al ser humano como un **ente energético**, inmerso en un mundo plural de energías, con dos posibilidades evolutivas claramente diferenciadas:

- Una, caracterizarla por favorecer el incremento entrópico del Universo a costa de deslastrar sus energías negativas. El *yo-real* es desplazado progresivamente por el *yo-ideal* genético que aflora, día a día, conforme se van liberando los bloqueos y las tensiones energéticas.
- La otra, caracterizada por dificultar el incremento entrópico del Universo, al sobrecargarse con parte de las energías que inciden sobre él. El *yo-real* bloquea cada vez más al *yo-ideal*, aun cuando siempre queda latente la vibración de la estructura de los genes que lo soportan, el tenue e inquietante susurro de la conciencia interior.

La elección de uno u otro camino, posible en cualquier momento de la vida, aunque no desde idénticas condiciones, es una decisión personal que atañe al libre albedrío de cada cual, como expresión de una Voluntad Interior que sólo uno mismo puede cuestionarse.

El hombre, consciente e inconscientemente preocupado por su origen y por su destino, parece buscar, a palos de ciego, alternativas que eliminen su angustia existencial, sin planteamiento previo y sensitivo alguno, espoleado por la pérdida de ciertos "valores históricos" y por la necesidad de creer en algo, de encontrar una aparente tabla de salvación, sin analizar la posible falta de idoneidad de la misma. Para ello es capaz de pagar cualquier precio material, pero difícilmente el de la voluntad por

---

<sup>1</sup> "El hombre energía estructurada". José Luis Paniagua Tébar. Editorial EYRAS, Madrid 1986.

el esfuerzo, olvidando que el conocimiento y la adquisición de algo realmente auténtico y valioso, exige una dura prueba de constancia y de humildad, mientras que, todo aquello que se obtiene fácilmente suele pertenecer al bazar del consumo y carecer de valor.

La auténtica evolución plantea al hombre un reto, un "combate" constante entre sus tendencias autodestructivas y su voz interior, entre su "yo-real" y su "yo-ideal". La aceptación voluntaria de este "combate" le obliga a una continua vigilia y atención de ojos hacia dentro. A marginar luchas exteriores, ya que toda su energía es requerida para esa vital confrontación interior, dejando a un lado la lógica racional, olvidando el apoyo de posibles normas sociales y morales nacidas de ella como justificación a sus acciones. Se ha de actuar con corrección, con impecabilidad, adjetivos estos que, aparte el significado de perfección y belleza, poseen una marcada connotación de armonía en el medio y en el tiempo, de minimización del gasto energético, de eficiencia, de sensibilidad y espiritualidad, de respeto y honestidad.

Por ello, cualquier alternativa exterior que se nos ofrezca, puede ser válida en principio, pero inútil si no cumple con estos requisitos.

No hay verdaderos caminos fuera, a menos que sean previamente interiorizados y asumidos sensitivamente, sin mediaciones y juicios intelectuales a priori. La proliferación de "técnicas terapéuticas", movimientos religiosos y filosóficos que prometen la felicidad y la resolución objetiva de traumas, conflictos e inquietudes, contrastada con el aumento creciente de la enfermedad, del desequilibrio y de la angustia existencial, matiza sobradamente la pobreza de los recursos y la relatividad y parcialidad de los planteamientos. Ante esta invasión de "alternativas sublimes", conviene tener presente que:

- La verdad absoluta no se encuentra en los procedimientos occidentales.
- La verdad absoluta no se encuentra en los procedimientos orientales.
- La verdad absoluta tampoco se encuentra en los procedimientos mixtos

Oriente-Occidente.

No hay respuestas racionales definitivas a los interrogantes existenciales del ser humano. Si existen algunos caminos de realización más firme, seguros, rápidos y enriquecedores que otros; justo aquellos que plantean la alternativa como una integración unitaria del individuo en el medio

En definitiva, ambas civilizaciones han llegado, por caminos diferentes, a las mismas conclusiones, a pesar de lo dispar de sus apariencias:

- *yin-yang;*
- *mínima energía para el sistema-máxima entropía para el medio.*

Aportando, Oriente, unas complejas y ricas técnicas, no sólo corporales, encaminadas a potenciar la intuición y el despertar, mientras Occidente desarrollaba su propia mística y descubría la máquina, como fruto de la búsqueda racional de un cuerpo sustitutivo.

En la situación actual, hay quienes creen que la cibernética, con planteamientos engarzados en la mística oriental, podría conducir al hombre hacia terrenos insospechados de conocimiento. Personalmente, considero que no existen argumentos válidos que permitan afirmar que el hombre vaya a acceder a un nivel superior en felicidad y armonía.

Si existe en cambio, como en toda acción, el riesgo del error, lo que supondría la mecanización, incluso, de la vía libre del deseo y de la intuición, a través de la mística: la cibernización de la idea de Dios.

La suma Oriente-Occidente, así, racionalmente programada, puede abocarnos a situaciones parecidas a las que describe *El mundo feliz* de Aldoux Huxley. Tal vez un

planteamiento convergente desde lo intuitivo, y no prioritariamente racional, donde se sumen los conocimientos, vivencias, tradiciones, leyendas y experiencias cuantificables y no cuantificables de ambas civilizaciones, podría conducir a estamentos evolutivos superiores donde, a pesar del apoyo de una tecnología altamente desarrollada, fuera posible el contacto directo con una naturaleza menos contaminada, en la que tuviera cabida la acción espontánea y centrada.

Sea como fuere, es un riesgo a correr, una experiencia que clama desde lo más profundo de la angustia existencial del hombre, móvil de su inquieta curiosidad. Una aventura, quizá irrenunciable, pero que exige, no sólo decisión sino, por encima de todo, impecabilidad, voluntad y valoración del sentimiento más allá de la razón, luchar sin cuartel contra la propia limitación y mediocridad. Es decir, una suma de auténticas batallas personales ya que, incluso en el supuesto de que el ser humano accediese a niveles de conocimiento y conciencia superiores, es más que dudable que las consecuencias derivadas de ello pudiesen comprarse como un elixir de felicidad o de inmortalidad, sobre todo mediante una suscripción mensual o una cuota, como preconizan, actualmente, no pocos movimientos pseudo-filosóficos, pseudo-religiosos y pseudo-terapéuticos.

La acción y la quietud centradas, por sí mismas, sin la finalidad de un beneficio inmediato, cobran una importancia capital como única vía hacia el conocimiento no disociador, ya que, aparte de posibilitar la ruptura del diálogo interior y que, con ella, emerjan pujantemente la intuición y la percepción no sensorial, se armonizarían con la tendencia expansiva en la que se encuentra inmerso el Universo, al ser la acción movimiento, el movimiento incremento entrópico, y, el incremento entrópico, expresión inequívoca de vida.

Ahora bien, la acción es realmente creadora y evolutiva cuando brota directamente de la Voluntad Interior, al margen de las tendencias autodestructivas, ya sea por compensación o por anulación de las mismas. Expresado con otras palabras, supone la resolución de los bloqueos y tensiones corporales de una manera equilibrada y unitaria. Por ello, quien enseña debe limitarse a señalar el camino, los inconvenientes que presenta y los posibles recursos para superarlos, no debiendo caer en la fácil tentación de hacer verbalizaciones anticipadas de trascendentalidad acerca de las sensaciones que pueden percibirse durante la acción. La vivencia sensitiva es algo tan íntimo como indescriptible, al igual que el enriquecimiento que puede producir en cada nivel perceptivo, razón, por la cual, debe ser procesada y catalogada internamente por la persona que realiza la experiencia, ya que, al pasar el deseo por el tamiz de la acción, la dinámica le será tan específica como su capacidad sensitiva, dependientes ambas de la estructura energética de su burbuja.

Recuerdo, cuando siendo un niño de ocho años realicé mi primera comunión, la terrible sensación de engaño y frustración al no percibir nada trascendental ni maravilloso de entre tanta promesa y descripción anticipada. Oí mis pasos inseguros y mi corazón tumultuoso caminando hacia el altar. Sentí seca la boca al recibir la "sagrada forma". Volví a escuchar mis pasos presurosos, casi tan rápidos como los latidos expectantes de mi corazón, retornando a mi lugar. Me arrodillé y concentré esperando percibir algo sublime que no llegaba, mientras la imposibilidad de tragar la "sagrada forma" sin tocarla con los dientes, dada la falta de saliva en mi boca, la rebeldía de aquella pasta pegada obstinadamente a mi paladar, me hacía volver a una realidad prosaica en la que, no solamente me sentía incómodo y frustrado, sino culpable por no ser lo "suficientemente bueno" como para haber percibido lo trascendente. Esta fue mi primera lección, en el largo camino hacia el aprendizaje, de que nada realmente íntimo y enriquecedor es factible de ser transmitido, en su justa calidad energética, mediante verbalizaciones y procesos intelectuales, por lógicos que éstos nos parezcan. Con esto no pretendo negar la razón, sino simplemente señalar la

importancia de que no sobrepase unos límites que, nos guste o no, parece que le son propios.

Este trabajo, que brota de esas primeras ideas y recuerdos, refleja, estoy seguro, mi situación existencial presente. El punto medio teórico en el caminar de mi vida, y, por ello, equidistante de unos extremos, el nacimiento y la muerte, tan próximos en el devenir del espacio-tiempo como para parecer afirmaciones de una misma realidad, cíclica y transitoria, y, tan aparentemente lejanos en nuestra fugaz medida de lo que entendemos como existencia, como para plantearnos continuas y persistentes interrogantes.

Quizás, estar a mitad de camino entre el nacimiento y la muerte sea la causa primigenia de mis dudas, nacidas del intento de plantearme con sinceridad, escuchando el tenue susurro de mi voz interior, si son posibles las afirmaciones, si no se esconden tras de ellas, por sólidas que parezcan, la inseguridad y la angustia, si su origen es la razón o la intuición, el miedo o el deseo.

Desde esta perspectiva ha de ser analizado y leído este texto, aun cuando he de confesar que la interrogación me tranquiliza en tanto y cuanto significa una actitud expectante, una posibilidad, una puerta abierta a la esperanza, sea o no trascendente y realizable, en oposición a todo el monto de mediocridad, relatividad e incertidumbre que encierran las más sólidas y esplendorosas afirmaciones que hemos escuchado y leído desde niños.

"El desconocimiento" al que así he llegado, me estimula y aligera, al haberme permitido descargar parte del pesado lastre del *saber acumulado*, impositivamente, desde que abrí mis ojos a la luz por vez primera.

Como ser racional, cuando hablo o escribo he de recurrir a la palabra como medio de transmisión, pero mi comunicación llevará siempre el acento de la emoción y el sentimiento en lo que exprese, y, entre líneas, en lo que silencie, el matiz de lo perceptivo e intuitivo.

Toda idea, como energía en movimiento que es, lleva asociada una onda, el sentimiento, constituyendo una unidad indescriptible. Cualquier intento de expresarla en palabras la limita y deteriora, cuando no la falsea o la sublima equívocamente. La razón y su servil escudero, la palabra, rinden, demasiado a menudo, un pobre tributo a las capacidades perceptivas del hombre.

La cultura, tal como se está desarrollando, se enraíza más en el miedo, en el fútil intento de escapar de la muerte -llenando el tiempo con "actividades creativas" para que no tenga cabida la autorreflexión-, que en el deseo de vivir.

José Luis Paniagua Tébar  
Madrid, año 1982.